

d2

EDUARDO HALFON ESCRITOR

“Si me prohíben contar una historia, no me queda más remedio que hacerlo”

Debido a la situación política, la familia de Eduardo Halfon salió de Guatemala cuando éste tenía 10 años y se trasladó a Estados Unidos.

ADRIANA BIANCHEDI

‘Duelo’, de 106 páginas, es el libro en castellano elegido el mejor de 2017 por las librerías navarras. Su autor —en Pamplona el viernes— cuenta al inicio que su tío murió ahogado de niño, una historia que su padre le prohibió escribir

LAURA PUY MUGUIRO
Pamplona

Eduardo Halfon nació en 1971 en Guatemala. De familia judía, con un abuelo libanés y otro polaco arrestado en campos de concentración, con 10 años se marchó con los suyos a EE UU. Son datos que cuenta en *Duelo*, la novela en castellano que las librerías navarras han elegido la mejor de 2017. Y no lo ha escrito en *Duelo* pero ha vivido en La Rioja —tiene nacionalidad española—, en Nueva York y ahora en Nebraska. “No tengo en mi memoria una sensación de pertenecer a nada, nunca. Es un nomadismo, una diáspora permanente, que muchos judíos sienten: vivir como flotando. Y sigo así”. En las primeras frases de *Duelo* escribió que su tío Salomón murió ahogado con 5 años, una historia que su padre le prohibió escribir y que él utilizó para hablar de la identidad y de las relaciones entre hermanos.

¿Qué hace un ingeniero industrial escribiendo?, ¿o tengo que preguntar qué hace un escritor estudiando ingeniería industrial? Yo no era escritor, ¡era muy ingeniero! No leía, no me gustaban los libros, no tenía ninguna noción sobre literatura, nada de nada. Yo

era ese compañero de clase que es bueno para las matemáticas y rehuye de cualquiera cosa estética, literaria, de libros. Este mundo me era muy ajeno.

Pues en catorce años lleva una quincena de obras...

Caí en él por accidente. Fue un tropiezo que ocurrió casi a los 30 años, estando en Guatemala, una larga historia que tiene que ver mucho con frustración, con un momento de desasosiego en mi vida en la que necesitaba algo, y me tropecé en los libros. Y empecé a leer. Porque la escritura vino como una consecuencia, años después de la lectura. Aunque sigo siendo muy ingeniero, de carácter: muy metódico, ordenado, sistemático, incluso para mi literatura, donde soy muy ingeniero a la hora de corregir, de ensamblar. *Duelo* es una cosecha muy rara, muy breve, muy intensa, que va por todos lados. Son 106 páginas que abarcan un siglo, pero el andamio que es *Duelo* lo hizo el ingeniero Halfon.

Halfon, un apellido distinto en origen, cambiado a su abuelo...

A mi abuelo paterno, libanés. El apellido era más largo y se cortó cuando llegó a Nueva York: el funcionario, probablemente perezoso, le quitó la primera mitad y quedó solo Halfon. Otro acciden-

te. Esa cosa que somos. Nuestro nombre, nuestro peso, nuestra identidad no es más que un accidente: un oficial de inmigración decide de un plumazo cortarlo a la mitad y algo tan azaroso se vuelve identidad. Esta idea se repite mucho en *Duelo*, y me atrae mucho cómo un nombre que en un momento dado de la Historia alguien se inventó luego conforma nuestra identidad.

***Duelo* se lee de una sentada.**

Esa es la intención. Me agrada muchísimo que lo digas así porque para mí *Duelo* es un cuento. Tiene la intensidad de un cuento. Y este relato está construido para ser leído en una sentada. Una sentada larga, de una hora, dos horas, vale, pero con esa intensidad: que te atrape en la primera página y no te suelte hasta que lo termines.

¿Estaba su padre acostumbrado a que le desobedeciera? Le dijo que no escribiera sobre la historia de su tío Salomón muerto y usted escribió *Duelo*.

Creo que sí estaba acostumbrado. Siempre he sido bastante desobediente. En la adolescencia se interpreta como rebeldía, “ya se le pasará”... Y sigo siendo muy desobediente, pero ahora lo hago en términos literarios. Me llaman mucho la atención las historias que alguien me prohíbe. Hay algo con querer censurarme o callarme que no me gusta, y busco por qué me quieren callar. No es premeditado, no es intencional, pero me he dado cuenta de que muchos de mis libros, si no todos, funcionan bajo esa óptica: es una

historia prohibida, es algo que alguien, mi abuelo, mi tío, mi padre, mi hermana..., no quiere que cuente, y a mí no me queda más remedio que hacerlo. Es más que rebeldía. Es hurgar en la prohibición, o en la censura.

Pero, como dice, ese alguien no es cualquiera, es su familia, y usted hace todo lo contrario a autocensurarse.

Todo lo contrario, pero manteniendo muy claro que debo escribir desde el amor, no desde la venganza, ni desde el rencor, ni desde un sentimiento negativo. Si escribo sobre mi familia, siempre es rindiendo algún tipo de honor: honrar la memoria de un niño ahogado, de un abuelo que se salvó del Holocausto, la relación con mi padre aunque sea dura y difícil la historia que tengo que contar... Y, si escribo sobre ellos, siempre es con sinceridad, y a veces eso hiere. Y a veces lo entien-

den, pero la mayor parte de las veces no. Y se ofenden, y te quitan el habla, y se distancian. Es parte del precio que paga un escritor que se mete en temas tan escabrosos. Lo tengo claro.

¿Cómo fue aquella conversación con su padre?

Fue hace varios años, y después me senté a escribir. Cuando terminé el primer borrador se lo dije y él reaccionó muy mal. Primero, porque no sabía qué tipo de narrativa había escrito. Y segundo, porque se sentía... impotente, no podía hacer nada. Pero le ofrecí el manuscrito. “Lea esta novelita corta, y cualquier cosa que quiera hablar, que quiera cambiar, que le parezca que me estoy pasando... lo hablamos”. Y no cambió absolutamente nada. Le encantó el libro. Entendió que era un homenaje a su hermano porque yo estaba rescatando la memoria de su hermano, y funcionó. **Al contarme cómo se sintió su padre lo ha pensado un poco y me ha dicho impotente. Creí que a lo mejor me decía traicionado.**

No creo. Después de tantos años y tantos libros, mi familia sabe que voy a hacer cosas así. Te sientes traicionado si es una sorpresa. Pero de mí se lo esperan. Saben que voy por ahí buscando este tipo de historias, tratando de entender lo que los demás callan. Lo que sí creo que es mi padre se sintió frustrado al no poder detenerme: él no podía hacer nada para que yo no publicara aquello. Yo no estaba pidiendo autorización, y supongo que eso un padre lo tiene que aceptar. Y él lo aceptó.

EN FRASES

“Los únicos que me interesa mantener protegidos y tranquilos con lo que hago son mis padres y mis hermanos, y después de tantos años y tantos libros ya entienden este proceso de ficcionalizarnos”

Los premios de las librerías

Ante el Primer Premio de Librerías de Navarra, la Asociación de Librerías Diego de Haro ha organizado la entrega de premios el viernes (12 horas) en el Patio de Gigantes (calle Descalzos, 72, de Pamplona). Los ganadores son: premio en euskera, *Calibana eta Sorgina*, de Silvia Federici (Eskafandra de Editorial Jajin/Elkar, recogerán el premio las editoras y traductores del libro, Edurne Lazkano y Aitor Arruti); premio en castellano, *Duelo* (Libros del Asteroide), de Eduardo Halfon, que recogerá el premio; premio libro ilustrado, *Cortázar* (Nórdica), de Jesús Marchamalo (recogerá el premio) y Marc Torices. A las 19 horas habrá una mesa redonda en Civican con Marchamalo, Diego Moreno (editor de Nórdica), Halfon, Lorea Agirre, Idurre Eskisabel y Lazkano (editoras de Eskafandra).

Usted hurga donde a la gente le cuesta, y más aún publicarlo.

La imagen que tengo al decir hurgar es la de meter el dedo en una herida, en lo prohibido, algo un poco desagradable, pero a la vez necesario para ver qué causó esa herida. Y mi manera de ligar con eso es en la literatura: utilizo la ficción para recrear o imaginar el resto de la historia.

Comienza el libro hablando de la muerte de su tío. ¿Cuándo se dio cuenta de que quería hablar de otra cosa?

Mi manera de escribir es tan espontánea que escribí la primera página sin saber qué quería contar. No es un libro sobre el niño Salomón, sino que usa al niño Salomón y su muerte como trampolín para lanzarse a otros temas: el duelo, la relación entre hermanos, mi relación con Guatemala tan violenta, tan bucólica, tan mágica. Lo que le ocurrió a mi tío Salomón es el hecho, y a partir de ese hecho hago literatura. Pero la literatura no son esos hechos.

En varias novelas escribe desde dentro de su familia.

Empezando con algo muy íntimo, muy de mi vida, me voy a otro lado. La ficción es para mí la única manera que tengo de escapar en esta realidad y volar a una parte más profunda. Porque adonde llego siempre es a puntos más hondos: una historia muy mía se vuelve muy universal, y la única manera en que sé hacer eso es a través de la ficción.

Entonces, está equivocado quien tal vez haya pensado que juntando varios de sus libros pueda crear uno sobre sus memorias...

Pese a que se parece a memorias, a autobiografía, a que te estoy contando mi vida, es casi absolutamente ficción. Te pongo un ejemplo: no fumo, y mi narrador fuma mucho. Su temperamento es muy distinto al mío. Su trato con las personas, también. Pero utilizo el truco de confundirte como lectora, que creas que son memorias, para lograr un efecto: conmoverte, emocionarte. Dar a

mis cuentos un aire autobiográfico me ayuda a que sientas lo que yo siento, a que haya una empatía entre autor y lector al final de los libros. Esa es mi intención.

Me ha comentado que a su padre le encantó *Duelo*. ¿La relación con otros familiares es tan buena?

No. Los únicos que me interesa mantener protegidos y tranquilos con lo que hago es mi familia inmediata: mis padres y mis hermanos. Después de tantos años y libros ya entienden este proceso de ficcionalizarnos. Los demás no me importan. Sé que no me leen, que lo que estoy haciendo no les agrada. Opinan sin haber leído, nunca directamente a mí. Pero no puedo estar preocupándome por el qué dirán, y mucho menos por el quedar bien.

Acabo de darme cuenta de que casi no hemos hablado de *Duelo*.

Al ser tan cortita, me da miedo descubrirla con cuatro palabras.

Pero descubres los hechos, no la sensación que tienes al leerla. La novela se puede resumir en un par de líneas y podemos desvelar algunos secretos, como qué le pasó al niño Salomón: no murió ahogado, que es lo que yo creía cuando era pequeño. Pero eso no es la novela. Es más una emoción que tienes al leerla, muy difícil de descubrir, que es lo que me gusta.

El título es igual de breve que la novela e igual de...

¡Complejo! Es raro que una palabra describa tanto una novela. Es duelo como luto, como combate entre hermanos, duelo de dolor por la pérdida. Y, curiosamente, es intraducible: estamos haciendo ahora las traducciones de *Duelo* y con otros idiomas no podemos resumir tanto en una palabra. Así que las traducciones tienen que decidir una de las tres acepciones porque no pueden meter tanto en una sola palabra.

Dedica el libro a su hijo, Leo. ¿Se imagina en un futuro a Leo escritor y a usted diciéndole autoritario: "Usted no escribirá nada sobre esto", como le dijo su padre?

Creo que yo diría: "Usted no escribirá nada, no sea escritor, sea ingeniero, busque una profesión seria, no se ande con estas locuras que satisfacen pero cuestan". Porque tratar de ganarse la vida como escritor es muy complicado. Pero añadiría: "Si usted, hijo, va a ser escritor, vaya con todo, con coraje y con corazón".

Le allanaría el camino más de lo que se lo allanaron a usted.

Veremos. Esto de ser padre para mí es bastante nuevo aún. Mi pareja se quedó embarazada cuando yo estaba terminando de escribir *Duelo*, la escena del colibrí. Leo llegó muy mágicamente. Algo por estar escribiendo aquella escena premió a mi pareja y la embarazó. Porque yo no fui [ríe]. Yo no quería hijos. Yo estaba convencido de que ya había toreado la época de ser padre... y llegó, y aquí me tienes, con un carrito en las manos empujando a mi hijo por Logroño.

¿Y con una sonrisa?

Claro, es inevitable la sonrisa. Ser padre es extraordinario, indescriptible. No te pueden decir lo que se sentirá. Será la cosa más difícil que haces en tu vida y la más gratificante a la vez.